Nada puede malir sal

Arturo Torres Molina

Capítulo 1

En algún momento del día aún pienso en las citas que tuvimos. O más bien, con mucha sinceridad podría decir que a veces logro no pensar en ella. Todo comenzó a raíz de estar desempleado y con mi horario alterado. Desayunaba a las nueve, comía a las dos, a las once cenaba algo ligero y luego me iba a dormir. El problema era que eso pasaba a las nueve de la noche, dos de la madrugada, y once de la mañana. Esos horarios me llevan a tomar decisiones impulsivas. En un lunes de mal sueño y ocio me empecé a acordar de Sandra, mi guapa compañera de la universidad a la que en ocasiones saludaba. A ella de repente le pedía apuntes, o a veces ella me los pedía. Era la morra *hippie* que dejé de ver cuando acabó el tronco común porque cada quién se fue para su carrera. Sandra, Ciencias de la comunicación; yo Administración de Empresas. Ella. Me acuerdo que hasta cuando era necesario vestirse formal, llevaba un toque hippioso, y en vez de verla como fodonga o sucia, me parecía atractiva, sobre todo por su manera de sonreír.

Ya tenía rato de andar de *stalker* en su perfil. Noté que no publicaba nada desde hace mucho tiempo. Un año después de la universidad subió una que otra foto de reuniones y de vez en cuando ponía una historia.

En cuanto a sus relaciones, durante la carrera siempre la vi de la mano del mismo cabrón, menos el último semestre. Su novio era un tal Samuel, aunque en Facebook nunca pusieron que tenían una relación, solamente fotos juntos. Revisé bien el perfil y ya no encontré ni una. Y sin necesidad de *stalkearla* más, ya sabía que trabajaba en una agencia de publicidad por lo escrito en su información pública, y además sus pocas historias compartidas eran de la agencia.

Por el detalle de su posible soltería me animé a mandarle un mensaje. Pensé que no me iba a contestar porque me dejó como diez minutos en «visto». Eran las nueve de la mañana, casi acababa mi día. El de ella estaba en desarrollo.

—Hey qué onda, ¿cómo te ha ido?

—¡¡¡!Hey!!! ¡¡¡Helloooo!!! Muy bien ¿cómo has estado, Pedro? ¿Qué has hecho?

Así respondió. Si algo siempre me gustó de ella, fue su buena escritura, pero dejando de lado la redacción, no había nada bueno que responder a su pregunta, porque estar desempleado y con ese horario, no era ningún orgullo.

Ella tenía muchos pasatiempos artísticos. Baile, actuación, literatura, fotografía, y de repente dibujo. Ese último punto tenemos en común,

porque uno de mis *hobbies* es el de dibujar, y con mi horario alterado y desempleo, el tiempo para hacerlo me sobraba, así que aproveché esa coincidencia en gustos para sacarle más plática.

Le dije que hace poco me quedé sin trabajo, y me dio por volver al dibujo. Mostró interés y me respondió diciendo que no recordaba que yo dibujara. Luego en tono de broma, y a la vez de verdad, le comenté que no lo hacía tan bien como ella, y que a ver cuándo me daba unas clasecitas. «Pues me parece bien», dijo. Y luego soltó un «¿cuándo nos vemos?». Me emocioné al ver que no mentía por convivir. Era real la oportunidad de tener un encuentro. Le dije que podía el domingo y ella respondió que también. Ella puso el lugar: el malecón. Me pareció perfecto. Sugerí fuera en la tarde y quedamos a las cinco.

«Muy bien, Sandra, que pases buena noche, descansa», le escribí, para cerrar la plática. Sé que con lo de «buena noche» me equivoqué, aunque puede decirse que fue un error simpático. Me jugó una bromita el horario, pero era mejor que me traicionara la puntualidad en el chat y no el día de la cita. Al parecer no lo tomó a mal porque solo escribió risas.

Capítulo 2

Mis horarios de dormir cambiaron del lunes al domingo. Fue más rápido de lo que acostumbro, quizá por miedo a no despertar puntual el día de la cita y quedar mal con Sandra. Tenía mucho tiempo que no estaba tan nervioso por un encuentro de ese tipo.

Al día siguiente de que le hablé por Messenger, nos volvimos a escribir y nos pasamos nuestros números. Le envié un *whats* para confirmar que la agregué, y respondió con una nota de voz, bromeando un poco con mi horario. «¡Qué onda, Pedro! Espero que no te esté despertando. —después de esta frase se rió— Nos vemos el domingo», dijo. Recordaba poco su voz. Era un tono dulce y agudo, aunquepara nada empalagoso. Quería volver a escucharlo en vivo.

Y aunque estaba emocionado por verla, me ponía un poco inquieto pensar en los temas de plática. Después de coincidir en el gusto por dibujar, no encontraba otra cosa en común con ella, salvo que estudiamos en la misma escuela. Desde el primer día que hablamos me fui a dormir pensando en ese vacío, y el resto de la semana estuve ideando estrategias para llenarlo, pero el mero día se me olvidaron.

El domingo llegó, y yo llegué a la cita anticipándome por media hora. Cuando me bajé del micro pasé por la calle más turística antes de llegar al malecón, para pensar en un posible café o bar a donde ir después por si todo salía bien. Hacía algo de calor, y por eso me compré una Coca-Cola que me acabé casi de un sorbo. También por estar algo nervioso me fumé un cigarro.

La Coca me la fui tomando en la calle y el cigarro en el malecón, viendo el mar como buscando paz, mientras veía a niños y uno que otro adulto jugando y gritando en las fuentes del lugar. Vi que eran las 5:15. Me olvidé del tiempo, y ya era obvio que Sandra no iba a ser puntual. Eso me dio cierta seguridad, porque tendría un motivo para estar apenada. Seguí contemplando el mar hasta que me distrajo un golpecito en una pierna. Miré para abajo y descubrí que se trataba de un perrito salchicha.

—¡Pancho, ven acá! ¡No seas grosero! —Una mujer lo regaño. Desde lejos vi que era Sandra. Ella me sonrió y creo que yo también. Y digo creo porque nunca me ha gustado mi sonrisa, pero supongo que ella logró que me saliera bien.

Capítulo 3

Uno sabe que hay conexión cuando a la distancia, los primeros saludos son con la mirada y la sonrisa. Ese «hola» vale más que el que se dice.

Ella se veía muy bonita con sus rizos moviéndose a causa de la brisa, con su vestido corto entre tonos morado y lavanda, y con sus Converse negros que convertían su vestimenta en casual. Conforme se iba acercando la miraba más guapa. Admiré su piel trigueña, sus ojos café claro, sus labios con un tono natural. Toda ella. Cuando la tuve de frente, por creer que ya lo había hecho, no la saludé, y lo primero que hice fue preguntar por el nombre del perrito, a pesar de ya haberlo escuchado. Me dijo que se llamaba Pancho. Le respondí que era muy bonito, mientras pensaba «no le vayas a decir "como tú"». Evité esa imprudencia diciendo «ay, perdóname, ni te saludé por ver a Pancho». «Siempre anda robando cámara mi bebé, ah, y sorry por la tardanza pero no encontraba estacionamiento», contestó.

Ya que pasaron las formalidades empezamos a caminar. Prendí otro cigarro y le quise ofrecer uno, pero me lo negó diciendo que dejó el vicio por sentir que ya le enfermaba. Entonces fumé solo y le pregunté si el humo le molestaba. Contestó que no. Hablamos de las tonterías del entorno, como hace cuánto no estaba en el malecón o si disfrutaba la playa. Me comentó que el trabajo era muy demandante, y que tenía mucho tiempo sin salir. También me dijo estar algo frustrada por creer que no iba a pasar más allá de manejar las redes sociales de la agencia.

Tuve cierto prejuicio pensando que era raro que le haya agarrado gusto a la publicidad, ya que como la mayoría de los de Comunicación, le veía cierta tendencia anticapitalista y *progre*. La cuestioné al respecto. Me dijo que cree que a fin de cuentas la publicidad es una forma de arte.

—Arte con artistas escondidos, casi anónimos —fue lo que le contesté a su definición.

—Es una forma de verlo.

—¿Y cuál sería otra? —Le respondí curioso.

—Que cuando miren un anuncio en la tele, un folleto o un espectacular en la calle, vean un poquito de mí. Eso se ha de sentir muy chingon. Pero no te voy a negar que sí tendría algo de frustración si no me dan reconocimiento. Como aquello del vaso medio lleno o medio vacío. Al fin me pagan.

—O publicista medio contento o medio triste...

—Mejor dicho.

—Y entonces, ¿nunca te desagradó del todo está onda de la publicidad?

—Pues no, eh, ¿por qué crees que podría no gustarme?

—La neta por puro pinche prejuicio. Yo veía que los de comunicación eran medio... —me interrumpió—.

—¿Chairos? ¿Progres? ¿Mamones?

—Tú lo dijiste...

—Ay es que sí era un entorno que a veces me cagaba, la verdad. Había mucho *poser* para todo. Se sentían cineastas, actores, modelos y activistas sociales, claro. Y yo pensando «güey, nada más te gusta eso, todavía no eres», Puta, todos los egos en un salón. Pero fue una etapa muy bonita a pesar de eso, hasta diría que era lo de menos.

—Me imagino. ¿Y tú qué te sentías?

—Ay, mijo, ¿Qué eres reportero? —Dijo bromeando.

Y por más buen humor que había, sí me preocupaba que la cita se volviera una entrevista, cosa que más o menos sucedió, pero ella disfrutaba mis preguntas y yo disfrutaba escucharla.

Dentro de esa entrevista que se dio por mi falta de cosas para contar o por sentir que no eran tan importantes, me confesó que su vestimenta *hippie* era por mera apariencia, más que por un modo de pensar. Casi al final de la cita me abrí un poco y dejé a un lado el modo reportero, porque vi confianza en sus ojos. Sin embargo, ya que comenzaba a soltarme, entró en acción el lugar, porque las fuentes del malecón se encendieron y empezó a sonar música. Ni siquiera me preguntó si quería, me agarró del brazo y me «sacó» a bailar. Se escuchaba salsa.

—Ay, no sabía que te gustaba el baile.

—Uy me encanta, ¿a ti no?

—Pues verás, la neta no mucho, y el tiempo se me hace eterno si hago algo que no me gusta».

—Hablando de tiempo, ¿ya qué horas son, eh?

—Son 8:12

—Hijole, ya me tengo que ir.

Luego de despedirnos la acompañé a donde dejó su carro. Así terminó mi primera cita con Sandra. No me esperaba lo de bailar, eso sí que me tambaleó. Pero estaba convencido de que lo hizo por pura diversión y no por algún tipo de coqueteo.

Cuando se fue me quedé un rato fumando y pensando en lo bueno y los malo que pudo ocurrir en nuestro encuentro. Sin exagerar, fue lo mejor que me pasó en semanas. Fue bonito hacer preguntas y obtener respuestas largas e interesantes. Fue bonito y a la vez triste, que el tiempo pasara volando. Bonito porque se sabe que si el tiempo se va rápido con compañía, significa que la estás pasando bien; triste porque eso es un castigo muy cruel.

Estuve pensando en que las cosas malas quizá fueron las horas fugaces que tuvimos y que ella no fuera puntual, detalles que a fin de cuentas van de la mano, porque el tema es el tiempo. Pero a pesar de eso, nadie me iba a quitar lo bailado, literalmente. Fue una tarde muy buena. Tuve algunas puntadas y ella también, y hasta lo de los dibujos, que era el origen de la cita pasó a segundo plano. Vi y escuché su risa. Perdí la cuenta de los cigarros que fumé.

Capítulo 4

No me tardé más de media hora divagando. Recordé la canción que bailamos e hice unos pasitos mientras la gente se me quedó viendo como si estuviera loco. Poco me importó. Ella siguió conmigo en mis pensamientos, pero cuando ya estaba por irme, fui sintiendo un golpe de soledad. Volvía a ser un domingo de mierda.

Lo que pensaba era en cosas como si esa iba a ser nuestra única salida, si yo la pasé mejor que ella, o si solamente yo quería algo más. Carajo, no sé si era la soledad o la falta de buenas noticias lo que me hacía desear el vivir una historia romántica.

Al llegar a mi casa le mandé un mensaje para preguntarle cómo llegó. «Todo en orden. La pasé muy bien. Ojalá que se repita», respondió. Eso lo tomé como una buena señal. «Yo también lo pasé genial. Claro que tiene que repetirse», le contesté. A eso no tuve respuesta inmediata, pero no me preocupó, porque su «Ojalá que se repita» del primer mensaje para mí decía mucho.

Ya en mi casa, también pensaba en que los días siguientes iban a ser similarmente aburridos; con la excepción del domingo, si se me hacía ver a Sandra. Se iba a ir lenta la espera de ese último día. Tan lento quizá, como el tiempo en el que ella y yo seamos independientes, que esa es otra cosa que tenemos en común: a nuestros casi 30 el todavía vivir con familiares. Ella 27 años, yo 25. Yo únicamente con mi papá; ella con mamá y papá. En aquella primera cita compartimos que nos da mucho miedo estar solos, y que no sabemos qué hacer sin ellos. Hasta pondría ese tema dentro de los detallitos incómodos, porque se vio que ninguno de los dos quiere pensar en ese maldito futuro.

Mi domingo concluyó con un «ya llegué, papá», la cena, y acostarme a una hora decente gracias a que, de manera involuntaria Sandra me acomodó el horario. Era para darle las gracias. Aunque bueno, no me dormí tan rápido por todavía tener adrenalina a causa de la cita. Por fortuna eso no alteró mi sueño en la semana.

De domingo a domingo se puede resumir todo muy fácil, pero de verdad que fue algo que pasó con mucha lentitud. Fui matando el tiempo con ilustraciones y seguía pensando que era curioso que el origen de la cita fuera mostrarle mis dibujos y que de aquello se haya hablado muy poco. Lo que yo dibujaba pretendía tener un estilo de caricatura política. Hacía ilustraciones como si mi vida fuera de interés público, y esa semana el tema principal fue Sandra.

En uno de los dibujos dedicados a ella la pinté toda, de cuerpo completo, aunque en lugar de cara le puse un reloj de manecillas. Lo titulé «La hora

correcta», haciendo referencia a lo obvio: que fue bueno verla, y que estaba cambiando mis horarios. Era lo mejorcito entre todos los monos locos que acumulaba. Y si bien yo mataba el tiempo con dibujos, en una mañana un mensaje de ella casi me mata.

«Me volvió a hablar Samuel y no contesté :/». Remató lo escrito con una carita, cosa rara en ella. Lo de Samuel me lo dijo como si ya hubiéramos hablado del tema, algo que no había pasado hasta ese momento. Pero vamos, por el tiempo en la escuela y por andar de metiche en el el perfil de Sandra, era obvio que supiera quién era ese cabrón.

Pudo ser precipitado mi pensamiento, sin embargo, no puedo negar que me estaba llegando un tufo a *friendzone*. Me dio un poco de miedo convertirme en una amiga a la que le cuenta todo, y por eso no le respondí luego, sino hasta en la noche y en nota de voz, como para dejar en claro que me importaba y no porque en todo el día no le hubiera puesto interés. «Mándalo a la verga», le dije en el mensaje, enviándolo antes de irme a dormir. El sueño me venció con todo y palomitas azules, y tan cansado estaba que no me preocupé si me contestaba o no.

Desperté con su respuesta, también en nota de voz. «Mejor se la corto», contestó a mi sugerencia de mandarlo a la verga. Qué gusto me dio escucharla.

Capítulo 5

«¡Se pasó de verga!», le puse ese nombre a un nuevo cartón. En él dibujé a Sandra de espalda con un enorme cuchillo en la mano y debajo de ella un chorro de sangre, dando a entender que le cortó el pene al tal Samuel. Ningún periódico permitiría que un caricaturista publicara esa vulgaridad, aunque dentro de mi universo la aparición o la ausencia del ex era una noticia importante, digna de cualquier burla o comentario. Su simple existencia ya era un obstáculo para mí, y eso lo reflejaba dibujando.

La semana estaba por terminar y en esos días lo único serio que hablé con ella fue lo de Samuel; antes y después de eso nos mandamos memes y alguna que otra tontería, pero ya acercándose el domingo, de mi parte nació preguntar si nos veríamos. La respuesta la sentía encaminanda a un obvio sí, cosa que sucedió. «Qué onda, Sandra. ¿Nos vamos a ver el domingo?». «Sí, ¿mismo lugar, misma hora?». «Me parece excelente, ahí nos vemos». Una nueva cita quedó pactada. Otra vez al malecón, otra vez por sugerencia suya. Y la verdad es que eso para mí seguía siendo algo muy cómodo. Ella no era para nada exigente y yo me dejaba llevar por la situación.

En esa segunda salida, sin quererlo, la encontré antes de la hora que quedamos. Repetí la maña de ser muy puntual y cuando me bajé del micro también repetí el recorrido de la cita anterior. Esas acciones me llevaron a encontrar a Sandra anticipadamente, porque gracias a mi puntualidad la vi dentro de una larga fila en un Oxxo, esperando por pagar. Aquella ocasión no la acompañó Pancho, su perro. Ella vestía con una bandita en la cabeza, una blusa verde olivo, pantalón de mezclilla rasgado, y sandalias cafés. Era la versión universitaria de Sandra.

Ya que la vi y contemplé bien, decidí entrar a la tienda para saludarla de una vez. Por estar entretenida en el celular y oyendo música, me miró ya que me le puse enfrente. Le toqué el hombro, dije hola, y se estremeció. Puso cara de sorprendida, porque desde luego no esperaba verme tan pronto, y dentro de la sorpresa hasta pude ver un toque de molestia o seriedad. «Ay, ¿qué onda?», me respondió al saludo. «Ya ves, mi defectito de ser puntual», le contesté. «Y ya ves tú, el defectito de la lentitud», me dijo, refiriéndose al avance de la fila en donde estaba. Se veía que eso iba a tardar, y fui pensando que quizá no fue tan bueno saludarla ahí. Hubo momentitos de silencio incómodo, y me sentí un estorbo en la fila, por esa razón le dije que mejor la esperaba afuera. Y lo que obtuve como respuesta fue un «muy bien, don Reloj».

Que me dijera así fue algo que me pareció simpático. Me salí sonriendo de la tienda y caminé un poco por esa calle hasta que me topé con su carro, luego me recargué en él y empecé a fumar. Ahora tenía un apodo por puntual y eso era bueno, porque casi siempre un apodo viene por un

defecto. Cuando estaba por acabarme el cigarro vi llegar a Sandra con una Coca en la mano. «Pónmela en mi *manecilla*», le dije, tomándome muy en serio lo de don Reloj, y a partir de ahí empezamos un cursi juego de palabras.

—¿No me das un cigarrito para *relojarme*?

—Uy, no creo, nomás te voy a *dar cuerda* y te voy a enviciar.

—Ay no hagas *Casio* a lo que te dije el otro día, a veces sí me fumo uno que otro.

—Tenga, pues...

—¡Qué mamones somos! —Después de que dije eso, nos carcajeamos.

Dándole el cigarro se acabó el juego. Nuestra risa fue viéndonos a los ojos. La conexión de ingenio que sentí con ella en ese corto diálogo fue increíble. Fue como un pedacito de magia.

Capítulo 6

Los papeles se invirtieron respecto a nuestra cita anterior. Ahora la veía fumar sin yo hacerlo, porque nomás me tomaba la Coca que me dio. Luego del juego de palabras y de las carcajadas, caminamos, pero cuando estaba por cambiar el rumbo para ir al malecón, me detuvo sorpresivamente. «Hey, todavía no, hay que variarle tantito» me dijo, y nos pasamos del otro lado de la calle para volverla recorrer, ahora de regreso.

En esa caminata apareció la pregunta «¿Y qué tal tu semana». Y a pesar de que responderla es una piedrita para mí, ahora me sentí más tranquilo al contestar. Le hablé de mi cambio de horarios y también de mis dibujos, incluyendo aquel donde en lugar de cara le puse un reloj. Fue posible mostrárselo porque le tomé una foto. Nos detuvimos un poco para enseñarle con detalle el dibujo. Recuerdo haberle dicho algo así como «mira, no nomás yo soy don Reloj». A lo que ella respondió «uy si no te sale mi cara no eres tan chilo dibujando». Ahí no supe qué decirle y me quedé congelado. «Es cura, no te creas», habló, luego de ver mi reacción.

Una vez que quedó claro que bromeaba, se me ocurrió contestar con algo cursi, del tipo «es que algo tan bonito como tú es muy difícil de ilustrar», aunque me volví a aguantar como en la primera cita, y escondí ese pensamiento sincero, diciéndole que no le quería desmadrar la cara. «Ay tú, que considerado», me dijo.

Después de eso, ahí parados en la calle le platiqué un poquito de algunos conceptos que creía saber de la caricatura, sobre todo de los más evidentes: el de la exageración de los rasgos y que todo aquel que sea dibujado tiene que verse chistoso. Por esas cosas no le pinté el rostro. Era buena justificación.

Pero Sandra fue curiosa y me pidió ver el resultado de un dibujo de su rostro, sin importar cómo quedara. Me comprometí a hacerlo pronto. «Píntame como a uno de tus monos grotescos», en mi cabeza de esa forma me hacía la petición. Y esta vez mi risa delató mis pensamientos. Me preguntó el porqué de mi risa, y no me quedó otro remedio de confesar que me imaginé que me lo pedía como Rose a Jack en Titanic, cuando esta sugiere que la pinte. Ahí no hubo risa como tal, sino una mueca especial que me hacía sentir seguro e indicarme que el barco de la cita no se estaba hundiendo.

Capítulo 7

Luego de mostrarle el dibujo y prometer hacer su cara, de nuevo tuve la intención de ir al malecón. Eso no paso, porque Sandra me propuso pasar a un café que estaba ahí, a unos metros. Y aunque todavía no me acababa mi Coca y no soy mucho de tomar café, acepté.

Esa tarde ignoraba el entorno, como si lo único que importara era si había un fondo blanco o negro, según avanzaran las nubes. Ya estaba muy lleno de ella, ya estaba muy *ensandrado* y deseaba que ella estuviera *empedrogada*. Sin embargo, por un instante se me bajó un poquito la dosis de Sandra y me di cuenta de que en la calle había gringos empedándose y bailando mientras Maluma sonaba. Empezó importar un poco —para mal— el entorno de la calle fiestera. Necesitaba un poquito de Malecón. Además el café estaba lleno y con solo una mesa disponible afuera. «Bueno seguiré cediendo, no es para tanto», pensaba. Ya sentados quedamos frente a frente y solo ella ordenó algo, fue un capuchino. Yo seguí con mi Coca y fumé otro cigarro, aprovechando que estábamos al aire libre y aquello era permitido.

Hasta el momento no se había dicho nada del ex, eso era bueno. Para que evitara mencionarlo me animé a preguntarle cosas de su trabajo, y antes de que me dijera qué tal estuvieron sus días, me pidió otro cigarro. Estaba retomando el vicio. Después de las primera caladas me comentó que en la agencia organizaron un concurso interno para que el colaborador que así lo deseara, creara una campaña publicitaria. La campaña iba a ser para el ochenta aniversario de la cantina Los vaqueros, ubicada en la calle en donde estábamos.

Tanto los dueños de la agencia como los de la cantina eran muy amigos. En Los vaqueros estaban enterados de ese concurso. Según entendí, los trabajos serían escritos y era necesario crear un correo electrónico anónimo para que en un inicio nadie conociera a los autores. El jurado estaría compuesto por gente de la agencia, y la cantina. Quien ganara obtendría varios beneficios. Uno obvio e importante: el uso de su proyecto para la promoción de la cantina. Uno llamativo: un premio económico. Y el simbólico, aunque no menos trascendente: cada viernes en Los vaqueros, el ganador iba a tener una cubeta con cervezas de cortesía. Sandra dijo que aún no revelaban el monto del premio económico, pero se sentía motivada por darse a mostrar y ser más tomada en cuenta por la agencia.

Los ojos le brillaron mucho cuando habló del concurso. Se veía que de verdad le entusiasmaba y para mí era un deleite escucharla con atención al mismo tiempo que contemplaba su mirada. No era nomás una cara bonita que me tenía apendejado. Se estaba volviendo un conjunto de varias cosas; eso ya era peligroso pero excitante a la vez. Y excitante

también fue, cuando me sacó de balance al preguntarme qué opinaba del concurso, y no por la pregunta, sino por cómo la hizo. Después de la explicación le dio un trago a su café, luego lo hizo a un lado y se inclinó hacia mí muy despacio. Ya teniéndola cerquita me dijo: «Y bien, ¿qué opinas?». Mientras preguntaba levantó su ceja izquierda, que para mí fue como la curva de un signo de interrogación de cierre, un signo de una tipografía muy sensual.

Estoy casi seguro de que en ese momento mi sonrojo apareció, y me veía intimidado. Recuerdo que me incliné un poco para atrás y que aproveché ese movimiento para tomar impulso, lanzarme para el frente y contestar. Ella tenía los brazos sobre la mesa, y las manos con los puños cerrados. Yo estiré uno de mis brazos y le tomé una mano, diciéndole «yo creo que ganarás», mientras la veía directamente a los ojos. Al tener mi mano sobre la suya la apreté suavemente, descargando todo mi deseo en ese acto. Quería que entendiera eso como una caricia.

Capítulo 8

Así me quedé por un rato, —imposible saber exactamente cuánto— cubriéndole el puño y viéndola a los ojos. Me agradeció los buenos deseos y luego sonrió. Pero uno no puede estar en la calle tomado de la mano de alguien y viéndolo eternamente sin que pase nada. Y lo que pasó fue un vendedor frente a nosotos ofreciendo dulces y matando toda la atmósfera de intimidad. Dejamos de estar muy cerca. Sandra le compró una Tutsipop, yo no le compré nada. Guardó la paleta y siguió con su café.

Ya que se fue el vendedor volví a centrar la atención en ella a pesar de la boruca de esa calle. Le seguí haciendo preguntas del concurso y me dijo que todavía faltaba tiempo, que tenían casi mes y medio para presentar los proyectos. El tener el desempleo como segunda piel me daba una comezón y ardor muy grande, y no pude evitar rascarme en ese momento, diciéndole que tenía mucha suerte por estar en un trabajo tan agradable.

—Ay, pero no te agüites, ya verás que consigues chamba rápido —me dijo, después de soltar mi lamento.

—Sí, carajo. Ya hasta ando extrañando que en una empresa me digan que «me ponga la camiseta» o que la puerta está muy grande si me quiero ir.

—Bueno, tampoco seas tan intenso, las frasecitas esas de los patrones ni de chiste se extrañan, eh. A mí nunca se me olvida cuando me llegan a decir que no traiga al trabajo los problemas de la casa; en este, gracias a dios no ha pasado, pero uy si te contara...

—Sí llega a haber uno que otro culero con sus regaños.

—Ay, ya me hiciste acordarme de otra que se avientan, esa de «hay gente haciendo fila por estar aquí»

—Sí, aja, claro campeón trabajamos en Google...

—Ya sé.

—O sea, la gente hace fila para el cine, para entrar a Los vaqueros, para cosas que valen la pena. Que no chinguen —después de que le dije eso nos quedamos callados un rato, segunditos.

Un chispazo de creatividad se estaba generando. Nuestras miradas se volvieron a encontrar y por un momento nos quedamos callados. De pronto yo volví a hablar, casi gritando. «¡La puerta está muy grande! ¡Hay gente haciendo fila para estar aquí! ¡En Los vaqueros siempre hay

vacantes!».

No me di cuenta de mis gritos hasta que Sandra me hizo señas para que bajara la voz. «¡Hey, calmado, calmado, morro! En una de esas te andan bajando la idea», exclamó, con una cara que expresaba mucho entusiasmo y complicidad. Estábamos conscientes de que habíamos encontrado una posible campaña para el concurso.

Lo que descubrimos fue sencillo: convertir frases de regaños de jefes, en mensajes de invitación a esa cantina. Ya solo bastaba que ella empezara a escribir. Pero Sandra tenía razón, eso no era para andarse gritando así nomás, porque los cazadores de ideas andan por donde uno menos se espera. Por fortuna encontré una solución para seguir contándole mis ocurrencias sin que ningún metiche las supiera.

Le dije que se me acercara y le hablé al oído. «No traigas aquí los problemas de tu casa... mejor trae ganas de divertirte. Y va de nuevo la frase: "En Los vaqueros, siempre hay vacantes". ¿Te gusta?» Me dijo que sí y entendió mi juego, porque repitió mi acción: ahora ella se me acercó al oído para decirme otra frase. «Aquí hay hora de llegada, pero no de salida. Ven a Los vaqueros». Hay un montón de formas para describir lo que sentí al escuchar su voz tan cerca, pero lo que mejor queda decir es que me habló al oido, y mi piel fue la que escuchó. Con su frase terminamos el intercambio de ideas, aunque por mi parte faltaba una sugerencia por susurrarle.

—Esto de hablarnos quedito me gusta, ¿pero podemos ir al malecón?

—Vamos pues, don Reloj.

Capítulo 9

Y caminamos con rumbo al malecón. Por mi parte diría que con un buen sabor de boca y una audición mejorada a base de susurros. En ese andar me vino un pensamiento, y le confesé que estaba preocupado por qué tan originales eran nuestras ideas, por eso le pregunté si había visto alguna campaña parecida. Dijo que no. También me recomendó que no me estuviera preocupando de más y que me relajara. Tenía mucha razón.

—De todos modos yo me voy a llevar los palos —me dijo, ya para ir borrando mi preocupación.

—Pues sí, pero yo te di los palos.

Después de contestarle nos detuvimos. Faltaba una calle por cruzar y un pequeño parque, para prácticamente estar junto al mar. Me miró mordiéndose el labio, muy risueña, yo también. Eso fue como si un hechizo ocurriera, porque otra vez tuvimos un momento de complicidad, gracias a que comprendimos aquello de los palos como un doble sentido. Esos juegos de palabras estaban siendo nuestro código de cortejo.

—¿No vas a hacer algo? —Me preguntó mientras nos seguimos mirando.

Me temblaban las piernas. Intenté responderle con una acción, mientras el conteo del semáforo que marca el tiempo para que la gente pueda cruzar, corría. Las personas caminaban, los coches esperaban. Tenía la sensación de que ese conteo era el límite del tiempo para hacer algo más que cruzar la calle. Entonces no me aguanté más. Me acerqué a ella y le quise dar un beso, pero nomás le planté los labios al aire, porque le dio por correr al otro lado de la calle. Por impulso fui tras ella como si se me fuera a escapar para siempre. Un impulso estúpido. ¿Cuál era la prisa? Tranquilamente podía esperar el siguiente alto y atravesar. Pero no. Fui a la carrera tras ella mientras el paso para peatones ya estaba acabándose.

Ella corrió por jugar, yo nomás corría por ella. Sandra entró primero al pasto de ese parque, yo lo hice segundos después, y he de decir que la entrada no fue la más triunfal que digamos. Por ir a las carreras un resbalón nos mandó al piso y caímos de sentón. Cuando nos repusimos de la caída nos acomodamos en el pasto. Noté que ella quedó un poquito más adelante de mí y eso era normal porque la iba persiguiendo.

En el parque nos acompañaron niños jugando y gritando, gente dándole de comer a las palomas, un vagabundo paseándose alrededor, y los papás de los niños que jugaban. A pesar de que había boruca, para mí el lugar era más tranquilo que el café.

—Mira nomás. Qué bonito cansarnos por correr en chanclas —me dijo, todavía agitada.

—Pues tú fuiste la loca que corrió así.

Luego de responderle se empezó a reír de forma coqueta levantando su ceja. Ahora era un signo de exclamación, e igualmente pensaba, como en el café, que era el signo de una tipografía muy sensual.

—¿De qué te ríes, Sandra?

No obtuve respuesta. Se levantó, se quitó una sandalia y luego fue por la otra, que se le zafó a la hora del resbalón. De inmediato regresó al piso conmigo.

—A ver, muchachito, pónme atención.

—Tú dirás.

Viéndome de frente me volvió a decir: «Qué bonito correr en chanclas contigo». Acto seguido, comenzó a golpear una de sus sandalias con la otra como si aplaudiera, después las puso en el pasto. Bastaba pensar con un poquito de morbo para entender que el sonido de las chanclas golpeadas era similar a dos cuerpos chocando, y no precisamente porque se odien. Qué ensartada me puso. Me agarró desprevenido con lo de los dobles sentidos. No supe cómo dije lo que dije después, pero ahí ya no hubo ningún juego de palabras.

—Sandra, me gustas.

—Y tú a mí.

—¿No te vas ir rodando hasta el mar, verdad?

Otra vez sus labios cambiaron de forma, sonrió. Luego de esa pregunta entendimos lo que ahora sí, iba a pasar. Al mismo tiempo nos fuimos acercando y en un abrir y cerrar de ojos tenía mis labios sobre los suyos, presentándose así nuestras bocas, con un toquecito suave. Una vez conocidas las bocas entramos en total confianza, y también entraron las lenguas, y los movimientos que gritaban el deseo mutuo. Una total delicia.

—Vaya. Al fin pasó.

—Ay, y sí —dijo, y volvió a tomar sus sandalias del suelo, para otra vez aplaudir con ellas.

—Órale. ¿Fue Casi como «correr con chanclas»?

—Nop. Es un aplauso por nosotros, tontito...

Capítulo 10

«¡Uy! ¡Me besé con Sandra la hippie! No me la creo», pensé. «¿Qué?», me dijo, ya que sin darme cuenta había pensado en voz alta, porque apenas estaba volviendo a la tierra después del beso. Ya que aterricé bien, vi que quedamos de frente luego de despegarnos. También vi que los niños seguían jugando, mientras un nuevo vagabundo daba vueltas. Todo pasó. No lo soñé.

—Conque la Hippie eh —dijo después de mi «¿Qué?» de sorpresa.

—Ay, no te creo que nunca supieras que así te decían.

—Bueno me gusta más Hippie, a que me digan Sandy.

—Sandy la Hippie me besó. ¿Qué tal eso?

—Pos ahí lo único bonito es lo del beso.

—Bueno, ahí la dejamos, pero dime, ¿desde cuándo te diste cuenta de esto? —le dije, haciendo una seña que según yo, daba a entender que «esto» era nuestra atracción.

—¿De qué? ¿De esto? —Respondió haciendo su inolvidable gesto de levantar la ceja.

No me dio tiempo para contestarle porque hizo otra de sus maniobras. Ahí en el pasto, sentada, se echó un poquito para atrás, estiró su pierna derecha y colocó su pie descalzo directamente en mi entrepierna. Aquello fue un señalamiento que se convirtió en una curiosa caricia. ¿Y qué iba a encontrar su pie? ¡Mi deseo vivo por ella, expresado sin palabras! ¡Puta madre! Yo no sabía qué hacer. «Qué cabroncita eres» fue lo primero que se me ocurrió decirle. Eso hizo que me pisará un poco, pero me separé rápido y me fui directo a ella para besarla de nuevo.

No medí la fuerza con la que me acerqué, y por eso los dos acabamos acostados, volviendo a conocer nuestros sabores. La expresión de deseo aumentó cuando le tomé la mano y me correspondió el toque, entrelanzándolas. Recuerdo que me separé de sus labios diciéndole que me prendía mucho, y ahí en el pasto me dio la espalda pegándose conmigo. La sentí, y sintió mi deseo sin palabras otra vez. Yo le acariciaba su brazo sin dejar de estar sobre ella. «Vámonos a otro lado» le dije. Luego al oído me hizo una propuesta.

La calle, el parquecito, el malecón y el mar nos quedaron chicos para tanta lujuria contenida. Éramos más grandes que todos esos lugares. Del parque nos fuimos abrazándonos, y ya casi llegando a nuestro destino nos

tomamos de la mano. Ese destino era un hotelito barato de la calle turística. Estando dentro del cuarto los únicos límites los pusimos nosotros. Los besuqueos solo los pausamos cuando nos quitábamos la ropa, y era muy embriagante saber que llegaban a su fin todos los dobles sentidos, para simplemente sentir. «¡Cógeme! ¡Cógeme!», me decía mientras la acariciaba, para luego de un momento terminar encamados y poseídos el uno del otro. Fue rico escucharla, fue rico que entendiera el lenguaje de mis manos y yo el de su piel. No me limitó, ni me limité. Es difícil enlistar con detalle la manera de adorarnos.

Pocas palabras hubo después. Ya cuando salimos del lugar, justo al pisar la calle recuerdo claramente que la abracé y le di un beso suave en el cachete. Ese fue el último. Dimos vuelta a la izquierda.

—¡Sandra! ¡Sandra, no mames!

Aquellos gritos vinieron de Samuelito Gastelum, a quien topamos frente a nosotros. Estaba bastante sorprendido, no sabría decir si más que yo. Ahí entendí la frase esa de «me cayó como balde de agua fría».

—Oye, de veras que qué poca madre tienes, no pensé que fueras tan culera.

—¡Qué te pasa, cabrón! ¡Respétala!

—Compita, estos son problemas de dos, tú no te metas.

—Pos aquí somos tres.

—Ya, Pedro, perdóname, pero por favor vete.

—Bueno, no, no, que se entere de una vez el amigo que no son casualidad sus paseadas por esta calle, que sepa que conozco su voz por el audio que me mandaste, y que sepa que trabajo casi aquí a ladito. Qué sádica me saliste me cae.

Me llevé las manos a la cara. Sentí que estaba rojo e hirviendo de coraje y vergüenza. Todo era sorpresivo pero no difícil de entender: yo era parte de un plan de Sandra para darle celos a Samuel, y por eso ella me paseó cerca de donde él trabajaba. Tuve un golpe horrible de realidad. Ella era en esos días lo más importante de mi vida, mientras que yo, solamente era una pequeña partícula de la suya. Dolió.

Me alejé de la escenita lo más rápido que pude.
Jamás la volví a ver. Jamás me volvió a hablar. Yo seguí enterándome de su vida por Facebook e Instagram, pero de lejitos, sin reacciones, sin comentarios. Y por seguir de mirón supe que ganó el concurso de su agencia, y lo hizo con la idea que platicamos en el café. Tardé más tiempo

en volver a tener un trabajo, y por supuesto, mi sueño se volvió a alterar.

En esa nueva etapa de horarios invertidos, dibujé una combinación de las cosas buenas y malas que viví en esos días. Me la pasaba viendo Los Simpson, los capítulos buenos, desde luego. Eso era lo divertido. En esos episodios vi una escena que se volvió meme. «Nada puede malir sal. Uy, es lo primero que sale mal», dijo el piloto de un helicóptero que llevó a la familia Simpson a La tierra de Tomy y Daly. La frase me cayó perfecta para el momento, y por eso hice mi versión de ese piloto de helicóptero, pero dejé el dibujo abandonado, como si al hacerlo también alejara para siempre a Sandra.

De tener dobles sentidos con ella, pasé solo a estar doblemente sentido. Sentido porque se atrevió a crear la campaña y ganó, y sentido porque al final de cuentas no se quedó conmigo. Lo último dolió más.